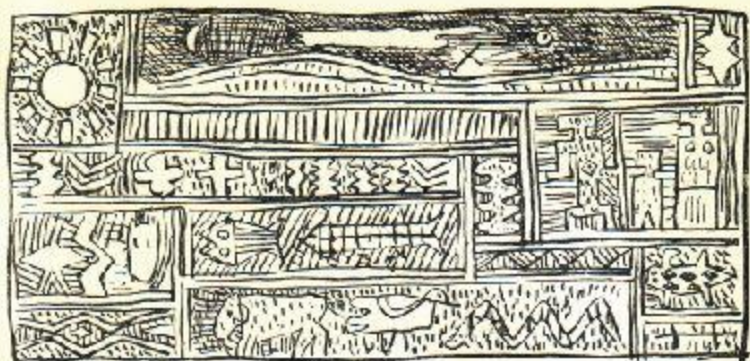


ARTIGAS

A la memoria de mi padre

PRIMERA PARTE



I

L A T I E R R A

JARDÍN del este, lujo de la aurora,
anclado en flor sobre la miel marina.
Valles donde la abeja se demora
gastando su jornada cristalina
y en brasa de panal su pecho dora.
Adolescente alcor, núbil colina
en fuga, en juego y en labor secreta
sobre la antigua arruga del planeta.

Sobre su corazón que al día asoma
la piel mordida por el liquen frío
entre el curvo silencio de una loma
y la porfiada juventud de un río,
para gozar un roce de paloma
o el rizado relámpago de un pío,
cuando setiembre una velluda gema
enciende y pule en cada frágil yema.

Oh tierra del aprisco y de las eras
que en corderos balbuce, en trigos canta,
y sobre el fijo ondear de sus praderas
con voz oscura, de fluvial garganta,
en himno de premiosas primaveras
al oro del estambre se levanta.
Oh suave, oh clara, oh fina criatura
que en salado diamante se clausura.

Viene el pampero de ala turbulenta
por un austral camino de gaviotas.
Tu oro borra con pluma cenicienta,
cuaja en tu azul sus lágrimas remotas,
y en el abrazo de salud violenta,
pájaros, nubes y corolas rotas,
por un instante del amor quemados
en ancha muerte giran derramados.

Del norte soplan los alientos finos,
los húmedos vocablos forestales.
Arengas y clamores sibilinos
de las profundas savias tropicales.
Y el viento que en sus ámbitos hialinos
solivianta a las turbas germinales,
oye subir a la mazorca rubia
en el futuro canto de la lluvia.

Oh rumorosa tierra de las fuentes.
Agua orquestal tu oscura voz corea.
Entre las gramas de hálitos ardientes
un cristal sin fatigas escarcea:
curva los ademanes eminentes
del espinoso tala y se recrea
en turbadora sangre y miel bravía
cuando en la flor del ceibo inicia el día.

Oh tierra, tierra de la joven gracia.
Niebla pradiad ahonda tu cintura.
Borra tu amor la yerma contumacia
en edénico gesto de frescura.
Combando el aire, tu florida audacia
angélicas sonrisas inaugura
y el maternal respiro que te mece
larga generación al cielo ofrece.

II

EL
GUERRERO SECRETO

UN hijo te oye, te contempla, te ama.
Un claro niño que los soles miman.
Tu idioma en sus oídos se derrama.
Con su latido tus latidos riman.
Su rostro enlucen tu escondida llama
y su callado corazón animan
el soplo que frecuenta a los manzanos
y el aliento cereal que hinche tus llanos.

~ 15

28292

Un hijo ausculta tu soleado pecho,
palpa tu resplandor, toca tus venas,
en tu rítmica hierba hace su lecho,
su pie desnudo esculpe tus arenas.
Alegre mide tu espacio estrecho
caliente de trigales y colmenas,
y el claro infante, con oscura ciencia,
vago laurel inclina a tu obediencia.

Sobre el corcel que tierno ollar diata
y crespa nube al aire duro fía,
en diamantino trebolar desata
elástico galope al alba fría.
Un silvestre clarín truena su plata
y el espolazo en el ijlar porfía.
Secreta diana que a la sangre acude
y al guerrero recóndito sacude.

Ojos de roca estirpe matutina
a través de las águilas pulsados.
En las vertientes de la luz marina
y en primavera mineral cuajados.
Sobre la vaga tierra columbina
en sigiloso cielo disparados,
miran y ven, de sangre y pensamiento,
nuestra flor, nuestra espiga, nuestro vicario.

Sobre la crespá sierra el potro duro
el embridado cuello al sol arquea.
La peña enciende con el casco puro
y entre zarzales vírgenes flamea.
Reto de espuma, por el flanco oscuro,
luce su flor la montaraz marea
que azuza y doma, en íntimo entrevero,
la diestra del pausado caballero.

La bestia amarga en la humildad emboza
su erizado vigor, el joven fuego
que la cándida entraña le alborozá
y desmandado en el riesgoso juego,
ya por las lindes de su piel retoza
en lidia rosa y en secreto riego,
cuando el fresco rumor de una pradera
comenta en verde trueno la carrera.

Sumando valles, arrugadas crestas,
finos alcores rubios de flechilla,
abraz de seda y espinosas cuestras,
el arriscado ¡no! de una cuchilla,
y el huraño ademán de las florestas
que al escondido campeón se humilla,
la Patria adulta en su contrisa asoma,
encerrada en un vuelo de paloma.

Sufre el trébol de pálida garganta
la huella del bridón: sus reinos de oro,
que en los seguros donde el agua canta
cristales izan en ardiente coro.
Y el galope que al sueño se adelanta
descubre y turba el íntimo tesoro
que en muele brega la enmelada umbria
para las ciervas amorosas eria.

Allí donde la natria se pasca
en lustroso vaivén de bronce vivo;
donde en turbio juncal la garza albea,
y el aire enciende al puma sensitivo
con la noticia que en su voz alea,
allí la sombra del jinete altivo
hierva de aromas entre el agua pura
y el florido olear de la espesura.

Donde un gozo frutal de lechiguana
dora la sierra y encalbita al viento.
Donde en arbóreas tremolares mana
la verde fuente de trinado aliento
que sobre el rizo de la grey enana
chisporrotea su gemado cuento,
y ojos de aguda lumbré y miel screna
en el guazuvirá, remota, estrena.

Donde instrumenta su caudal la brisa
en los copilues y las pasifloras,
donde su cueja celestial se irisa:
rozando helechos, esculpiendo moras,
y a la sutil orquestación sumisa
silbos destila en lágrimas creadoras,
allí cultiva el Héroe su futuro,
 nombra a la Patria y permanece oscuro.



III

L A R A Z A

DEL transmarino fuego despeñada
la sangre en altos pechos se gloria.
A nueva ley y a nuevo sol templada
la tierra mana leche y ambrosia.
En fiesta usual, su mies immaculada
alumbra el magro pan de la alegría
y al inocente hueso campesino
labra para otro amor y otro destino.

Aquí donde la tierra en agua y fruto
y a viva voz de trigos argumenta;
donde al blando sabid y al zorro hirsuto
una puntual ración el cielo inventa,
toca el hombre también su grano enjuto,
sobre su hierba a sonreír se sienta,
su casa erige entre paupero y broza,
paladeca su edad, su muerte goza.

El madrugero que a la Patria viera,
de espaldas al recinto ciudadano,
tiende sobre el ribazo y la pradera
en profundo ademán la grave mano.
Al bestiarío aborigen que le espera
dueño, por las raíces, de su llano,
elige por arrimo y compañero,
y con un junco le arma caballero.

¡Ay, madre España, por la joven rosa
que te acrecienta en apartado cielo!
Doblada tu garganta poderosa
en nuevo canto quemará su vuelo.
La vieja sed que el tronco viejo acosa
en la fresca raíz glosa tu duelo
y al pulcro manantial que la convida
acude sola, espejo de tu herida.

Bramó el yaguarecé por las hocduras,
Despertaron las castas montaraces,
Un hálito de libres criaturas
trenzó en los vientos zumbadores haces.
Toros, serpientes, águilas oscuras,
crinados potros, pálidas tortugas,
a la socobra del hombre y su simiente
corearon la alegría omnipotente.

¡Ay, madre España, por el ramo fino
donde el laurel su limpio ardor lucía!
¡Ay, por el estandarte repentino
que a tus plantas piegó la seda fría!
El estandarte equivocó el camino
y va el laurel por otra gloria ardía.
¡Ay, por el ramo verde, madre España,
que a ti no fué, maestra de la hazaña!

INTERMEDIO



I

E L É X O D O

El cielo se destrenza en mariposas
y la llanura en leve competencia.
lirios esgrime y enaltece rosas.

Livianos pueblos de sutil presencia
en oleaje de escamas y de olores
compartiendo la frágil residencia

mezclar en vivos aires sus amores,
y en brusca tolvenera confundidos
alas aroman y aletean flores.

Octubre se despeña de los nidos,
alza el flechero ardor de las avenas
y abulta los embriones enlucidos.

Abre en los campos sus calientes venas.
Su aliento mece a tréboles y hormigas
y el valle truena en salmo de colmenas.

Borra a temblor urgente las fatigas.
Su larga fiesta empuja los confines.
Suspira, sopla, avienta sus cartigas
y en gozo cardinal, pulsa jardines.

II

¡Y hay luto de guitarras en octubre!
Las moja un llanto, las abrumba un ciclo
y una vidala su temblor descubre.

Panza a la Patria adolescente duelo,
Paloma de su luz enamorada
quemarse quiere en repentino vuelo.

¡Ay de la joven lámpara trizada!
¡Ay del hogar anclado en su ceniza!
¡Ay, bien habido lecho y mesa honrada!

En espinoso manantial se eriza
la garganta del pueblo matutino,
y en sólo una palabra el canto iza.

Un juro! de sangre funda su destino,
y ensimismado en una sola entraña
con mano electa signa su camino.

En sus raíces tiembla la campaña,
Enronquece el zorzal pulicando quejas
y el curupí vigila en la maraña.

Cruza un tropel de lágrimas bermejas
por el neblado rostro del pampero
y el mar se hiere en sus lerdonas viejas.

Abierto está el fresquísimo venero,
Enjambra de labios va la fuente
rodando en una llaga de lucero.

La libertad su espiga transparente
en la frugal hogaza desmenuza
y asiste al pan en su sabroso oriente.

¡Venga la flecha que el desierto cruza,
y el rampante vestigio que en agosto
los purpúreos relámpagos azuza!

¡Sea el raído sueño, el trigo angosto!
¡Y púdrase entre pálidas murallas
en agrias rubas el divino mosto!

¡Vengan en muchedumbre de batallas,
orto escarabiado y duro mediodía
a prender en los pechos sus medallas!

¡Venga el andrajo que la piel estria!
¡Venga la fiebre a corromper el viento!
¡Venga la muerte en solo de alegría!

El Varón de la Patria da el acento.
El oro grave que ensombrece mayo
le sube por la voz y el pensamiento,



y le mira la muerte de esclavo,
porque en vaga tormenta se reclina
y en su frente de miel madura el rayo.

Su amor un pueblo en ascuas patrocina,
que sobre el casto aroma de la gleba
en difuso clarín, dianas empina.

Que en las raíces de los huesos lleva
—sacro dolor de patria criatura—
en embrión augural, rosa longeva.

El solar andariego en Dios fulgura.
Doma una selva, domestica un río.
y hacia el Ayú, jadeando, se apresura.

Quede en ajena mano el señorío,
bajo una mordedura de ceniza
flaca la troje y el altar vacío.

Un aura virgen las banderas riza
y el Uruguay llorando caracoles
entre el pueblo y su tierra se desliza.

Crece fronteras, se marchitan soles.
A la sombra del lúcido jerarca
multiplica el laurel pálidas proles,

y el agrio diente del raposo marca
su rastro impuro sobre el lirio liso
que escuda en humo el pecho del Patriarca.

Donde el amor lo guarda en mirros preso.
Donde un pueblo que ignora sus rodillas
y obla su sangre en germinal suceso.

unge Señor al héroe sin manillas,
Señor de su pobreza y de su lanto,
Señor de su raza y sus setillas,

allí el odio congela su amaranto
y la encmiga larva en servidumbre
devora la sonrisa y roe el canto.

Pero está allí la incorruptible lumbre
en mármol es aras detendida
por una jubilosa muchedumbre

que nutre el himno y hace andar la herida.
Y en caudalosos cármes de alientos
la Patria late, en vilo sostenida.

Y ha de volver un día a sus cimientos,
al pedestal caliente de su grama,
cuando desanden brisas y lamentos
Héroes y Héroe en una sola llama.

SEGUNDA PARTE

EL DESTIERRO

GOZANDO las labores del rocío
que en ardiente cristal custodia el huerto;
cuando levanta su cogollo frío
la pálida hortaliza en sol despierto;
y en constelada lengua el labriante
su verde calendario luce abierto,
lírios pronuncia la mirada zarca
y asoma la sonrisa del Patriarca.

La mano que en las crines turbulentas
del potro ejercitaba su escultura,
y en un ferrado oficio de tormentas
fraguaba su campal progenitura;
la que cuñó las ráfagas violentas
por intemperies de prosapia oscura,
en arrugada mansedumbre sueña,
del rumoroso laberinto dueña.

La mano que las águilas domaba,
umbelas y corimbo acaricia,
La que con sangre el viento embanderaba,
es al majuelo tímido propicia.
Está de polen y de abejas flava
la mano de la máscula justicia
y frecuentando espigas y rizomas
suma el casto caudal de los aromas.

Él, que condujo a un pueblo enamorado
y le soñó sus sueños y su escudo,
aquí crea su pan, gasta su arado,
y aquí le tomará su dios, desnudo.
Porque este labrador de fuego honrado
que con el oro de la tierra pudo,
parte con el hermano su cosecha
y un solo grano por demás, desecha.

Entre los laboriosos naranjales
que estrella el azahar, el Héroe pasa.
Más allá de los cánticos fluviales,
mas allá de la selva, está su casa.
Corazón de silencios torrenciales
que el fino Oriente aguija con su brasa.
Humilde, mudo, anclado en su renuncia,
en un temblor de labios se denuncia.

Después del arruzal y de las cañas,
más allá del brumoso algodónero,
mirándose en las lúculas entrañas
entorna ausentes ojos el guerrero.
Vagos clarines, rátagas hurafías
soplar del este en musical venero.
Humilde, mudo, en su renuncia anclado,
borra el paisaje el Héroe ensi más nada.



II

MEMORIA DE
LA HAZAÑA

ERA el principio la ávida simiente,
que en él busco los limos y las sales.
Su rostro, abecedario de la fuente,
vió las lentas jornadas pastorales.
Diezmo pagó su juventud fluente
en largo amor a salvias y zorzales,
y echóse a andar de ante de su sueño,
en atezada piel, muslo cenceño.

Él era el fuerte, el grave, el elegido.
Los hombres que anduvieron a su flanco,
persaban con la sangre y el latido,
bullente el pecho y el cerebro en blanco.
Él les abrió con saímos el oído
cuando ya amaban su silencio franco
y aquella lumbré que en mitad del día
en torno de sus sienas se veía.

Después fué el cauto sismo de raices.
Circulatoria lengua de meteoros
en virginal asombro de matrices
preguntó el despertar de sus tesoros.
Se estremecieron médulas felices
abo cascadas de íntimos azoros,
y un grito en flor de lágrimas opresas
inundó las recónditas dehesas.

Finaron los tranquilos pastoreos.
La rumia vespéral en los bajios.
En los montes los cálidos zureos
y la eclógica siesta de los rios.
Oyéronse galopes y judeos
La sed fundió en los belfos sus estíos
y en confuso tropel la Patria alerta,
y en plinto ecuestre, se encontró despierta.

El era el grave, el elegido, el fuerte.
Le honraron el amor y la obediencia.
Y le siguió su ejército a la muerte
vestido de laurel y de inocencia.
Vestido sólo del laurel que vierte
su amargo sol de herida y penitencia,
y con el hambre que en su reino huero
tuvo arjado aguijón por compañero.

El era el fuerte, el grave, el elegido,
y la envidia reptó sobre su lumbré.
Al traidor, al cobarde y al vendido
augió en caridad su mansedumbre.
Su pedestal fué el pueblo, defendido
de discurso falaz y podredumbre,
y de su boca donde Dios soplabá
tomó las puras leyes que le daba.

Iberas garras en Las Piedras romas,
y fratricidas fauces en Guayabos,
antes del viento blanco de palmas
que el estigma borró de los esclavos.
Antes que sus andrajos y carcomas
a la hoguera lustral diesen los bravos,
cuando el Héroe miró en el ara hundida
y la primer bandera fué encendida.

El himno y la oración juntos se abrieron
en el alba más tierna del olivo,
y en columna de arcángeles subieron,
por tromba celestial del pecho vivo!
Avenidas de música fundieron
igneo bronce y salterio sensitivo,
porque en llama y temblor y melodía
edificaba el pueblo su alegría.

Regresaba a las trojes la abundancia
y a las tabonas la nivosa fiesta,
Los frutos extenuaban su fragancia
y el pez brofía la cobrada cesta.
Urgido el huerto en amorosa instancia
multiplicaba su florida cresta,
y en aras de la paz las criaturas
rencian sus primicias y grosuras.

Y dijo el Protector a sus leales:
Estoy aquí por un favor del cielo.
He venido a sufrir de vuestros males
y por vosotros doblaré mi cielo.
Todos sois mis hermanos, mis iguales:
lidia sin sangre os traiga pan sin duelo,
Empin suñor y sueño sin alarmas
Descanad en el seno de mis armas.

Fueron cinco provincias las que oyeron,
la sangre tensa y el discurso mudo.
Fueron ricas comarcas las que abrieron
estrella pentalúcida en su escudo.
¡Oh rosa federal con que cifieron
al suave Padre en jubiloso nudo!
Al unísono ardor cinco latidos,
y en sólo una sonrisa confundidos.

La capital que un vuelo acorallaba
rostro de barro y libertad tenía,
y en su sitial de hierba señoreaba
creciendo en patriarcal sabiduría.
Y el rayo vino a consumir su aljaba
en Purificación de la alegría.
Fué la injusticia sobre el tierno muro,
la iniquidad sobre el Profeta puro.

Si verbo estaba limpio como un río,
como hontanar entre arrayanes era.
Y los hombres acendados con su brio
salieron a labrar la primavera.
Sobre temprana flor cayó el rocío
y en dulce trance estaba la pradera,
cuando el pueblo y su padre crisalino
vieron llegar azote y torbellino.

Harto abrasaba el resplandor bulente
que al Pastor serenísimo asistía,
y aquella potestad de miel frecuente
que muchedumbres en amor regía.
Harto pesaba a la enemiga gente
su corona de mirto y de agonía,
y en arrancarla al fin con mano lucia
sutil jornada consumió la astucia.

Blandió el arcángel férrea llamarada,
Desenguantó el león garra febea,
y otra vez al calor de su mesnada
salíó a enfrentar la ofídica marea.
Odió y traición mordieron en su espada,
no el lusitano fuego en la pelea,
y fué manchada la celeste pluma
y roida la zarpa hasta la espuma.

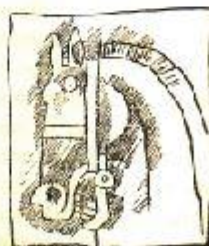
III

L A M U E R T E

Son amargo, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.

De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una cencella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fué curado de su llaga.
Tercer agujón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y entre las brumas del silencio agrario
fué una lenta sonrisa su calvario.

Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entrecabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los albores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tenció su galope sobre el frío.



ENVÍO
E I. R E T O R N O

PASTOR vuelto a la nube y a la brisa,
fijo en tu puro rostro vigilante.
Una remota lágrima te irisa
cuando recibas tu panal distante.
Los ojos sobre el pueblo y su sonrisa
abiertos en un orto de diamante,
y en la florida huella del camino
suspense ya tu pie de peregrino.

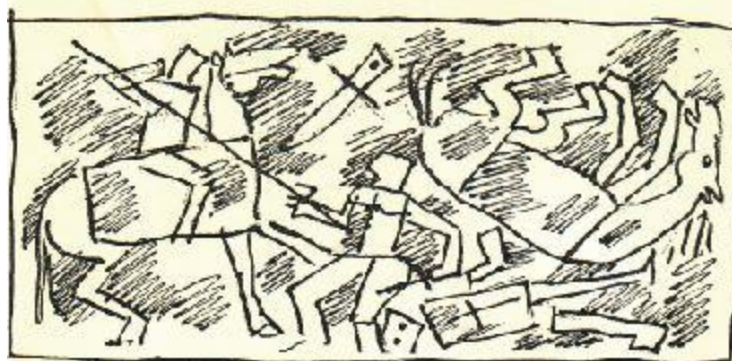
Viste, señor, los cármenes oscuros
que te alzaron el sueño en muchedumbre.
Viste los labios y los pechos guros
que acrecieron la herencia de tu lumbre.
Mira subir los tallos y los muros
donde tu libertad es la costumbre.
Mira, señor, la rosa arrodillada
con que aguarda la tierra tu mirada.

Aquí estás sobre el trigo y la colina.
Aquí tu antiguo rostro comparece.
Aquí sobre tus aguas se ilumina
y en juventud de bronce resplandece.
Padre, tu nombre es toda la doctrina
y tu palabra en tantos reverdece.
¡Oh, silencioso!, ya aprendió el pampero
tu historia de relámpago y lucero.

Entre dos vuelos, el azur bruñido
de tu blasón, en aguilas fulgura.
Ya no se atreve el viento conmovido
a herir su luz con una brizna impura.
Terso además, en llamas contenido,
tu cabeza en los aires aventura,
sola, tranquila, en su cenit de gloria
sobre la celestial ejecutoria.

Oye los himnos que el amor levanta
porque en la sangre de tus hijos veles.
Oye crecer la múltiple garganta
que en victoriosa flor alzan los fieles.
Escucha, Padre, porque el Pueblo canta
y el canto sube ardiendo entre laureles.
Escucha desde el bronce en que volviste
y a la terrena eternidad naciste.

CAUDA



CIELO DE LAS PIEDRAS

Ay cielo, cielo que sí,
cielito de las batallas.
La aurora de mayo viene
por las colinas, armada.
Cielito, cielo y más cielo,
cielito de las batallas.

Cielo, cielo de Las Piedras,
cielo de los arrayanes
donde por la flor de mayo
la gloria cría panales.
Cielito, cielo y más cielo,
cielo de los arrayanes.

Arenga el joven Patriarca,
cielo de los colibríes.
Sus bravos en asamblea
de corazones lo cifien
¡Ay cielo de sangre, cielo,
cielo de los colibríes!

Suena el clarín de los godos,
cielito de la paloma.
Chocan sables, suben lanzas
y zumban las boleadoras.
¡Ay cielo, que va se enbisten!
¡Cielito de la paloma!

Luce el español sus armas,
cielito de los valientes.
En guerreros atavíos
las bestias y los jinetes.
¡Ay cielo, cielo, ya luchan!
¡Cielito de los valientes!

Desnudos brazos y pechos,
¡y cielo de las gramillas!,
los que su tierra merecen
van a ganarla en la liza.
Ricos de audacia y de sangre,
¡cielito de las gramillas!



Ay, que se encogen los godos,
cielito del aguacero,
porque han echado pie a tierra
los gauchos de sal y fuego.
¡Ay cielo, que vuelven grupas!
¡Cielito del aguacero!

¡A caballo!, grita el Héroe,
cielo de la lechiguana.
¡A caballo! por el viento.
¡A caballo! por las llamas.
¡Cielito!, ¿quién se resiste?
¡Cielo de la lechiguana!

Asfixia al cañón un poncho,
¡ay cielo de las lloronas!
Pinza el cuchillo enastado
y estallan las terceroles.
Se mella la garra hispana,
¡ay cielo de las lloronas!

Con dos ciclones por alas,
cielito, cielo del triunfo,
el águila de Las Piedras
arrea a los aguiluchos.
¡Ay cielo que ves, entiende!
¡Cielito, cielo del triunfo!

¡Qué fino laurel estrena,
cielito de las totoras,
en tus dinteles de espuma
la frente libertadora!
Cielo, que en tu luz le guardes.
¡Cielito de las totoras!

Marcha el Héroe entre sus libres,
¡ay cielo de la victoria!
y las castigadas filas
con los vencidos se colman.
¡Ay cielo, digo que sí,
cielito de la victoria!

Donde la Patria ha nacido,
¡cielito de la alegría!,
abejean resplandores
sobre las rojas gramillas.
Porque ha nacido la Patria,
¡cielito de la alegría!

Porque la Patria ha nacido,
¡ay cielo de la palma!,
canta la sangre en los pechos,
canta la sangre en las rocas,
canta el campo y canta el cielo,
¡ay, cielo de la victoria!

TRIUNFO DE
SANTA MARÍA

Guairapuité del triunfo.
Guairapuité.
Los clarines del alba
ardiendo están.

Llama a tus pálidos peces de azúcar,
Santa María, guerrera del aire.
Santa María, amazona del agua,
luce tus finas palomas torcazas.

Guairapuitá del triunfo.

Guairapuitá.

Ya crece la mañana
del guayacán.

Tus golondrinas aguza en el viento,
Los cardenales alina en tu llama.
Brumen la rútila fiesta de sangre
incurridas en diurna velada.

Guairapuitá del triunfo.

Guairapuitá.

Un sol de tramontas
brüñe el zarzal.

Lustra las garras y pule los picos,
Santa María, amazona del agua.
Los tacuarales educan la brisa:
Dora en su música virgen tu flauta.

Guairapuitá del triunfo.

Guairapuitá.

La tarde en sus achiras
rompe a cantar.

Santa María, guerrera del agua.
Santa María, amazona del aire.
En el alúe de cegados espejos
tímido rostro la noche entrecabre.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
¡Ave, Santa María
del arrayán!

LLANTO DE CARUMBÉ

La mitad de la sangre
jay, Carumbé!
de espaldas en el trébol,
la otra de pie.
La mitad de la sangre
sobre el laurel.

Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Cerros del aire indio
¡ay, Carumbé!
Gimen las lechiguanas
sobre su miel
y se oye el silbo negro
del caburé.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Primavera del llanto
¡ay, Carumbé!
Ultrajadas espigas,
agrio clavel.
¿Dónde hallar una hierba
que enjuta esté?
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

La mitad de la sangre
¡ay, Carumbé!,
la mitad de la patria
sobre el Pantén.

Rojos corren los peces
en el Cuareim.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.



VIDALITA
DE TACUAREMBÓ

Paloma de niebla,
vidalita,
por los hondos valles.
Alas de agonía,
vidalita,
piquito de sangre.

Paloma de niebla,
vidalita,

palomita fría,
¿qué cielos enluta tu vuelo salobre,
tu flecha indecisa?

Paloma de niebla,
 vidalítay,
suspiro del alba;
añubla los tersos caminos del aire
tu aliento de escarcha.

Paloma de niebla,
 vidalítay,
por los finos valles
Alas de agonía,
 vidalítay,
píquito de sangre.

Ni espuma del iris,
 vidalítay,
tu hostigado pecho.
Ni en tu crespo arrullo la miel de las peñas
¡oh amor sin lamento!

Ni tu sombra que un en,
vidalitat,
edénicas brasas,
¡oh amor de las fuentes!, ni tus pies de rosa
feliz bajo el agua.

¿Qué noticia traen
de las altas sierras,
tu garganta muda,
tu cifra de niebla?

Por el limpio cielo
tu crepón de escarcha.
Tu flecha salobre.
Tu arruga en el alba.

¿Duermen los guerreros
armados de olvido,
por los trebolares
que nubla el rocío?

¡Sí! Punza en los aires
tu ausente pregón.
Lloran las gramillas
de Tacuarembó.

Paloma de ciebla,
vidalitat,
per los dulces valles.
Alas de agouia,
vidalitat,
piquito de sangre.



INDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
LA TIERRA	11
EL GUERRERO SECRETO	15
LA RAZA	21

Intermedio

EL EXODO	40
----------------	----

SEGUNDA PARTE

EL DESTIERRO	37
MEMORIA DE LA HAZANA	45
LA MUERTE	47
ENVIO — EL RETORNO	49

Canción

CIELO DE LAS PIEDRAS	55
TRUNFO DE SANTA MARIA	61
LLANTO DE CARUMBE	65
VIDALITA DE TACUAREMDO	69

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL 18 DE MAYO DE 1972
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
"IMPRESORA BRIGADAY" S. A.
JUNCAL 1911, DE MONTEVIDEO
(URUGUAY)